

EL SEMINARIO  
DE JACQUES LACAN

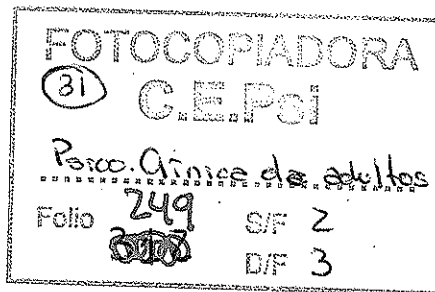
LIBRO 20

AUN

1972-1973

TEXTO ESTABLECIDO POR  
JACQUES-ALAIN MILLER

EDICIONES PAIDOS  
BUENOS AIRES - BARCELONA  
MEXICO



100  
100

¿Qué resultado esperar, entonces, de la cadena original de tres eslabones, cuando se opera también con ella? Su reducción a dos eslabones, cuya ruptura resultará con seguridad de la sección de uno cualquiera.

¿Pero cuál va a ser su enrollamiento?

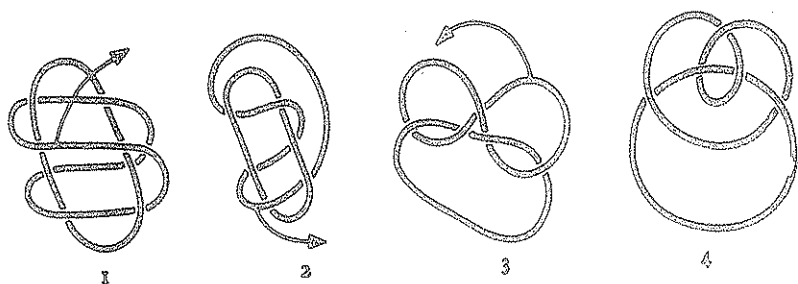


Figura 14

Será el de un redondel simple y de un ocho interior, aquél con que simbolizamos el sujeto —permitiendo entonces reconocer en el anillo simple, que por cierto se intervierte con el ocho, el signo del objeto  $a$ — o sea, de la causa por la cual el sujeto se identifica a su deseo.

22 DE OCTUBRE DE 1973.

## LA RATA EN EL LABERINTO

*El lenguaje es una elucubración  
de saber sobre la lengua.  
La unidad del cuerpo.  
La hipótesis lacaniana.  
El amor,  
de la contingencia a la necesidad.*

Gracias a alguien que acepta pulir las cosas que les cuento, hace cuatro o cinco días me pulieron el hocico en mis elocuciones de este año.

Confieso que con este título de *Aun* no estaba seguro de no haber salido del campo que he estado despejando durante veinte años, pues con ello decía que podía durar aún mucho tiempo. Releyendo la primera transcripción de este seminario, me pareció que no estaba tan mal, y en especial habiendo partido de esta fórmula que me parecía un tanto precaria: que el goce del Otro no es signo de amor. Era un punto de partida, al cual podría quizá regresar hoy, cerrando lo que entonces abría.

Algo hablé del amor. Pero el eje, la clave de lo que expuse este año concierne lo que toca al saber, y puse el énfasis en que su ejercicio sólo podía representar un goce. Hoy quisiera contribuir a ello con una reflexión sobre lo que se hace a tientas en el discurso científico respecto a lo que puede producirse de saber.

Voy derecho al asunto: el saber es un enigma.

Este enigma nos es presentificado por el inconsciente tal como se reveló con el discurso analítico. Se enuncia así: para el ser que habla, el saber es lo que se articula. Se hubiese podido separar en ello desde hace la mar de tiempo, pues cuando se azaban los caminos del saber, ¿qué se hacía si no articular cosas y, desde hace mucho tiempo, centrarlas en el ser? Y es evidente que nada es sino en la medida en que eso se dice que

Llamo a eso  $S_2$ . Hay que saber oírlo, ¿es *dos*, de veras, habla eso *de ellos*? (*est-ce bien d'eux que ça parle?*).<sup>1</sup> Por lo general, se enuncia que el lenguaje sirve para la comunicación. ¿Comunicación a propósito de qué, debemos preguntarnos, a propósito de cuáles *ellos*? La comunicación implica la referencia. Sólo una cosa está clara: el lenguaje no es más que lo que el discurso científico elabora para dar cuenta de lo que yo llamo lengua.

Lalengua sirve para otras cosas muy diferentes de la comunicación. Nos lo ha mostrado la experiencia del inconsciente, en cuanto está hecho de lalengua, esta lalengua que escribo en una sola palabra, como saben, para designar lo que es el asunto de cada quien, lalengua llamada, y no en balde, materna.

Si la comunicación se aproxima a lo que efectivamente se merece en el goce de lalengua, es porque implica la réplica, dicho de otra manera, el diálogo. Pero, ¿lalengua sirve primero para el diálogo? Como lo articulé en otros tiempos, nada es menos seguro.

Acabo de tener entre manos un libro importante, de un tal Bateson, con el cual me habían calentado las orejas, lo suficiente para molestarme un poco. Debo decir que provenía de alguien que había sido tocado por la gracia de cierto texto mío que

había traducido a su idioma agregando algunos comentarios, y que creyó encontrar en el Bateson en cuestión algo que iba sensiblemente más allá de *el inconsciente estructurado como un lenguaje*.

Pero del inconsciente, por no saber que está estructurado como un lenguaje, Bateson sólo tiene una idea bastante pobre. Ahora bien, forja artificios muy lindos, que llama *metálogos*. No está mal, en tanto que, si ha de creérsele, los metálogos implican cierto progreso interno, dialéctico, al producirse con sólo interrogar la evolución del sentido de un término. Como siempre ha ocurrido en todo lo que lleva el título de diálogo, se trata de hacer decir por el interlocutor supuesto lo que motiva la pregunta misma del locutor, es decir, encarnar en el otro la respuesta que ya está ahí. Por eso mismo, el diálogo, el diálogo clásico, cuyo ejemplo más hermoso está representado por el legado platónico, demuestra no ser un diálogo.

Si dije que el lenguaje es aquello como lo cual el inconsciente está estructurado, es de seguro porque el lenguaje, en primer lugar, no existe. El lenguaje es lo que se procura saber respecto de la función de lalengua.

Es cierto que así lo aborda el propio discurso científico, aunque no hay que olvidar que le es difícil realizarlo plenamente porque desconoce el inconsciente. El inconsciente es testimonio de un saber en tanto que en gran parte escapa al ser que habla. Este ser permite dar cuenta de hasta dónde llegan los efectos de lalengua por el hecho de que presenta toda suerte de afectos que permanecen enigmáticos. Estos afectos son el resultado de la presencia de lalengua en tanto que articula cosas de saber que van mucho más allá de lo que el ser que habla soporta de saber enunciado.

El lenguaje sin duda está hecho de lalengua. Es una elucubración de saber sobre lalengua. Pero el inconsciente es un saber, una habilidad, un *savoir-faire* con lalengua. Y lo que se sabe hacer con lalengua rebasa con mucho aquello de que puede darse cuenta en nombre del lenguaje.

Lalengua nos afecta primero por todos los efectos que en-

1. Véase nota 5 del capítulo I. [T.]

cierra y que son afectos. Si se puede decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje es por el hecho mismo de que los efectos de la lengua, ya allí como saber, van mucho más allá de todo lo que el ser que habla es capaz de enunciar.

Por eso el inconsciente, en tanto le doy aquí el soporte de su desciframiento, no puede estructurarse sino como un lenguaje, un lenguaje siempre hipotético respecto a lo que lo sostiene, a saber, la lengua. La lengua es lo que hace rato me permitió mudar a mi  $S_2$  en una pregunta, diciendo: ¿es *dos*, de veras, se trata de *ellos* en el lenguaje? (*est-ce bien d'eux qu'il s'agit dans le langage?*).

En otras palabras, que el lenguaje no es solamente comunicación, es un hecho que se impone a través del discurso analítico. Por desconocerlo, surgió en los bajos fondos de la ciencia aquella mueca que consiste en interrogar cómo el ser puede saber algo. Este será hoy, el eje de mi pregunta sobre el saber.

## 2

¿Cómo puede saber el ser? Es cómico ver de qué manera se pretende satisfacer esta interrogante. Ya que el límite, como lo postulé, está hecho de que hay seres que hablan, se pregunta qué podría ser el saber de los que no hablan. Se lo preguntan. No saben por qué se lo preguntan. Pero se lo preguntan de todos modos, y hacen para ratas un pequeño laberinto.

Así esperan encaminarse hacia lo que es un saber. Creen que la rata va a mostrar qué capacidad tiene para aprender. ¿*Apr(e)nder* qué?: lo que le interesa, claro. Y a la rata ¿qué se supone que le interesa?

La rata esa no se aprehende como ser, sino, en verdad, como cuerpo, lo que supone que se la ve como unidad, como unidad ratera. Pero, y el ser de la rata, entonces, ¿qué lo sostiene?

ne? No se lo preguntan en lo más mínimo. O más bien, identifican su ser y su cuerpo.

Desde siempre, se ha imaginado que el ser debe contener algún género de plenitud que le sea propio. El ser es un cuerpo. De esto se partió en el primer acercamiento al ser, y se elucubró toda una jerarquía de los cuerpos. Se partió, en suma, de la noción de que cada quien bien debía saber lo que lo mantenía en el ser, y que debía ser su bien, o sea, lo que le producía placer.

¿Pero qué cambio se ha producido en el discurso, para que de pronto se interrogue a este ser sobre la manera cómo podría superarse, es decir, aprender más de lo que necesita en su ser para sobrevivir como cuerpo?

El laberinto no lleva solamente a la comida, sino a un botón o a una portachuela, cuyo mecanismo el sujeto supuesto a este ser debe descubrir para dar con la comida. O bien se trata del reconocimiento de un rayo de luz o de una raya de color, ante los cuales el ser es capaz de reaccionar. Se transforma la pregunta del saber en la de un aprender, eso es lo importante. Si, tras una serie de ensayos y errores —se dejó así en inglés por *trials and errors*, debido a los que abrieron este camino relativo al saber— la tasa disminuye lo suficiente, se registra que la unidad ratera es capaz de aprender algo.

La pregunta que sólo se plantea secundariamente, la que a mí me interesa, es la de saber si la unidad ratera va a aprender a aprender. Allí reside el verdadero principio de la experiencia. Una vez que ha sido sometida a una de estas pruebas, la rata, ante una prueba del mismo tipo, ¿aprenderá más rápido? Esto se materializa fácilmente por la disminución del número de ensayos necesarios para que sepa cómo tiene que comportarse en un montaje dado; llamemos montaje al conjunto del laberinto, las portachuelas y botones que funcionan en cada ocasión.

La pregunta ha sido planteada tan pocas veces, aunque lo ha sido, que a nadie se le ha ocurrido siquiera preguntarse si hay alguna diferencia en caso de que el tema propuesto a la rata para demostrar sus facultades de aprender, surja de la misma fuente

dos fuentes distintas, o bien en caso de que quien enseña a la rata a aprender sea o no el mismo experimentador. Porque el experimentador es quien sabe algo del asunto, y con lo que inventa el montaje del laberinto, los botones y las portachuelas. Si no fuera alguien para quien la relación con el saber fundada en una relación con la lengua, en la habitación de la rata; o la cohabitación con ella, no habría montaje.

El único que tiene que aprender la unidad ratera, en esta situación, es a hacer una señal, a dar un signo de su presencia de aprendizaje. La portachuela sólo se reconoce por un signo y el movimiento de la pata sobre ese signo es un signo. Siempre es dando señales como la unidad llega a lo que permite concluir el aprendizaje. Pero esta relación con los signos es de prioridad. Nada confirma que pueda haber en la rata la comprensión del mecanismo que se consigue apretando el botón.

El único que cuenta es saber si el experimentador comprobaba no solamente que la rata descubrió el truco, sino que aprendió la forma en que un mecanismo se aprehende, que aprendió la que hay que *aprehender*. La experiencia del laberinto, si tomamos en cuenta lo tocante al saber inconsciente, no debe dejar de ser interrogada sobre el punto de saber cómo la rata responde a lo que ha sido cogitado por el experimentador no a partir de nada, sino a partir de la lengua.

No se inventa una composición laberíntica cualquiera, y que depende del mismo experimentador o de dos experimentadores diferentes merece ser interrogado. Pero nada de lo que he podido recoger hasta ahora en esa literatura indica que se haya formulado la pregunta en este sentido.

Este ejemplo deja pues enteramente intactas, y distintas, la pregunta sobre el saber y la pregunta sobre el aprendizaje. En cuanto al saber se plantea otra pregunta, señaladamente, la pregunta cómo se enseña eso.

Con la noción de un saber que se transmite, que se transmite íntegramente, se produjo en el saber el tamizado gracias al cual se constituyó un discurso que se llama científico.

Se constituyó con numerosos percances. *Hypotheses non fingo*, cree poder decir Newton, *no supongo nada*. Cuando, al contrario, la famosa revolución, que de ningún modo es copernicana sino newtoniana, jugó con una hipótesis, al sustituir el *gira* por un *cae*. La hipótesis newtoniana consiste en haber postulado que el *gira* astral, es la misma cosa que caer. Pero para comprobarlo, cosa que permite eliminar la hipótesis, era necesario que primero la hiciera.

Para introducir un discurso científico relativo al saber es preciso interrogar el saber allí donde está. Ese saber, en tanto yace en la guarida de la lengua, quiere decir el inconsciente. En el inconsciente, no entro, igual que Newton, sin hipótesis.

Mi hipótesis es que el individuo afectado de inconsciente es el mismo que hace lo que llamo sujeto de un significante. Lo enuncio con la fórmula mínima de que un significante representa un sujeto para otro significante. El significante en sí mismo no es definible más que como una diferencia con otro significante. La introducción de la diferencia como tal en el campo es lo que permite extraer de la lengua lo que toca al significante.

Dicho de otra manera, reduzco la hipótesis, según la fórmula misma que la substantifica, a que es necesaria al funcionamiento de la lengua. Decir que hay un sujeto no es sino decir que hay hipótesis. La única prueba que tenemos de que el sujeto se confunde con esta hipótesis y que el individuo que habla es su soporte, es que el significante se convierte en signo.

Porque hay inconsciente, a saber, la lengua en tanto que por cohabitar con ella se define un ser llamado el ser que habla, puede el significante estar llamado a ser signo. Entiendan el signo como les plazca, incluso como el *thing* del inglés, la cosa.

El significante es signo de un sujeto. En tanto que soporte

formal, el significante alcanza a otro distinto de lo que él, llanamente, es como significante, otro a quien afecta y que por ello resulta sujeto, o al menos pasa por serlo. Por ello resulta ser el sujeto, y sólo para el ser que habla, un ente cuyo ser está siempre allende, como lo muestra el predicado. El sujeto nunca es más que puntual y evanescente, pues sólo es sujeto por un significante y para otro significante.

Aquí tenemos que volver a Aristóteles. Con una elección, guiada no se sabe por qué, Aristóteles decidió no dar otra definición del individuo más que el cuerpo, el cuerpo en cuanto organismo, lo que se mantiene como uno, y no lo que se reproduce. La diferencia entre la idea platónica y la definición aristotélica del individuo como lo que funda el ser, es algo en torno a lo cual todavía damos vueltas. La pregunta que se le plantea al biólogo es en verdad la de saber cómo se reproduce un cuerpo. De lo que se trata en todo intento de la química llamada molecular es captar por qué, por la combinación de cierto número de cosas en un baño único, algo se precipita, y una bacteria, por ejemplo, se reproduce.

¿Qué es, entonces, el cuerpo? ¿Es o no es el saber del uno?

El saber del uno resulta que no viene del cuerpo. El saber del uno, por lo poco que cabe decir de él, viene del significante Uno. ¿Viene, acaso, el significante Uno de que el significante como tal nunca es más que *uno-entre-otros* referido a esos otros, no siendo sino la diferencia con los otros? Tan poco resuelta está la pregunta hasta ahora que hice todo mi seminario del año pasado para acentuar ese *Hay Uno*.

¿Qué quiere decir *Hay Uno*? Del *uno-entre-otros*, y el asunto es saber si es cualquiera, alza el vuelo un  $S_1$ , que como bien dice el francés es un *essaim*,<sup>2</sup> un enjambre significante, un enjambre zumbante. Este  $S_1$  de cada significante, si hago la pregunta *¿hablo de ellos, ese es dos? (est-ce d'eux que je parle)*,<sup>3</sup> la

2. *Essaim* (enjambre) es cuasi-homofónico en francés con  $S_1$ . [T.]

3. Véase nota 5 del cap. I. [T.]

escribiré primero por su relación con  $S_2$ . Y podrán tener tantos como quieran. Es el enjambre mencionado.

$$S_1 (S_1 (S_1 (S_1 \longrightarrow S_2)))$$

El  $S_1$ , el *enjambre*, significante-amo, es lo que asegura la unidad, la unidad de la copulación del sujeto con el saber. En la lengua, y en ninguna otra parte, en tanto es interrogada como lenguaje, se despeja la existencia de lo que una lingüística primitiva designó con el término de *στοιχείον*, elemento, y no en balde. El significante Uno no es un significante cualquiera. Es el orden significante en tanto se insinúa por el involucramiento con el que toda la cadena subsiste.

Hace poco, leí un trabajo de una persona que se pregunta por la relación del  $S_1$  con el  $S_2$ , a la cual confunde con una relación de representación. El  $S_1$  estaría en relación con el  $S_2$  por cuanto representa un sujeto. Saber si esta relación es simétrica, antisimétrica, transitiva u otra, si el sujeto se transfiere del  $S_2$  a un  $S_3$  y así sucesivamente, es una cuestión que debe ser retomada a partir del esquema que repito aquí.

El Uno encarnado en la lengua es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase, y aun el pensamiento todo. Eso es lo que está en juego en lo que yo llamo significante-amo. Es el significante Uno. Y no en balde, para ilustrarlo, traje al penúltimo de nuestros encuentros una cuerda, porque con ella se hace aquel redondel cuyo nudo posible con otro empecé a interrogar.

En cuanto a este punto, me detendré aquí por hoy, ya que nos han suspendido un seminario debido a los exámenes que se realizan en esta Facultad.

Para pasar la página, diré que lo importante en lo que revela el curso analítico, y sorprende no ver su fibra en todas partes esto: el saber, que estructura en una cohabitación especial el ser que habla, tiene la mayor relación con el amor. Todo se encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes conscientes.

Cuando enuncié que la transferencia era motivada por el deseo de saber, no era sino aplicación particular, esbozada, de lo que yace en esa experiencia. Les ruego que imaginen el texto de lo que enuncié años mediados de año, en la elección de amor. Hablé, en suma, del reconocimiento del reconocimiento por signos siempre puntuados enigmáticamente de la forma como el ser es afectado en tanto sujeto de saber inconsciente.

No hay relación sexual porque el goce del Otro considerado como cuerpo es siempre inadecuado —perverso, por un lado, en tanto que el Otro se reduce al objeto *a*— y por el otro, loco, enigmático. ¿No es acaso con el enfrentamiento a la imposibilidad a esta imposibilidad con la que se define algo real, se pone a prueba el amor? De la pareja, el amor sólo puede realizar lo que llamé, usando de cierta poesía, para que entendieran, valentía ante fatal destino.

Pero se tratará de valentía o de los caminos de un reconocimiento? Reconocimiento que no es otra cosa que la manera de la relación llamada sexual —en este caso relación de sujeto-sujeto, sujeto en cuanto no es más que efecto del saber inconsciente— cesa de no escribirse.

*Cesa de no escribirse*, no es fórmula puesta al azar. La referencia a contingencia, mientras que me regodeé con lo necesario de lo que *no cesa de escribirse*, pues lo necesario no es lo real. Entonces, de paso, que el desplazamiento de la negación nos plantea la pregunta de lo que ocurre con la negación cuando va a ocupar el lugar de una inexistencia. Por otra parte, defi-

ní la relación sexual como aquello que *no cesa de no escribirse*. Hay allí imposibilidad. Es, asimismo, que nada puede decirlo: no hay, en el decir, existencia de la relación sexual. ¿Pero qué quiere decir negarlo? ¿Es legítimo de alguna manera sustituir por una negación la aprehensión experimentada de la inexistencia? Es otra pregunta que sólo me toca esbozar. La palabra *entredicho* (*interdiction*) ¿acaso dice más? ¿acaso es más lícita? Esto tampoco se puede, de inmediato, zanjar.

La contingencia, la encarné en el *cesa de no escribirse*. Pues no hay allí más que encuentro, encuentro, en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto en cada quien marca la huella de su exilio, no como sujeto sino como hablante, de su exilio de la relación sexual. ¿No quiere esto decir que sólo por el afecto que resulta de esta hiancia se encuentra algo, que puede variar infinitamente en cuanto al nivel del saber, pero que, un instante, da la ilusión de que la relación sexual cesa de no escribirse? —ilusión de que algo no sólo se articula sino que se inscribe, se inscribe en el destino de cada uno, por lo cual, durante un tiempo, tiempo de suspensión, lo que sería la relación sexual encuentra en el ser que habla su huella y su vía de espejismo. El desplazamiento de la negación, del *cesa de no escribirse* al *no cesa de escribirse*, de contingencia a necesidad, éste es el punto de suspensión del que se ata todo amor.

Todo amor, por no subsistir sino con el *cesa de no escribirse*, tiende a desplazar la negación al *no cesa de escribirse*, no cesa, no cesará.

Tal el sustituto que —por vía de la existencia del inconsciente, y no de la relación sexual, que son distintas— hace el destino y también el drama del amor.

Por la hora que es, la hora en que normalmente deseo despedirme, no seguiré más adelante; indicaré solamente que lo dicho del odio no corresponde al plano con que se articula la aprehensión del saber inconsciente.

Es imposible que el sujeto no desee no saber demasiado en



lo tocante a este encuentro eminentemente contingente con el otro. Por eso, del otro pasa al ser prendido a él.

La relación del ser con el ser no es la relación de armonía que desde siempre, no se sabe muy bien por qué, nos adereza una tradición en la que Aristóteles, que no ve en ella más que goce supremo, confluye con el cristianismo, para quien es beatitud. Esto es prenderse en la aprehensión de un espejismo. El amor es quien aborda en el encuentro al ser como tal.

El amor que aborda al ser, ¿no surge de allí lo que hace del ser aquello que sólo se sostiene por errarse? Hablé de ratas hace poco, era eso mismo. No por nada se eligió a la rata. Se eligió porque con ella es fácil hacer una unidad: a la rata se la errata. Ya me di cuenta en una época en que tenía conserje, cuando vivía en la rue de la Pompe: aquel hombre nunca erraba una rata. Las errataba todas. Tenía por la rata un odio igual al ser de la rata.

Abordar al ser, ¿no estriba en esto lo extremo del amor, el más grande amor? Y el más grande amor —es claro que no lo descubrió la experiencia analítica, su reflejo se percibe muy bien en la modulación eterna de los temas sobre el amor— el más grande amor acaba en el odio.

Ya está, los dejo.

¿Les digo hasta el año que viene? Fíjense que nunca lo he dicho. Por una razón muy simple, y es que nunca he sabido, en veinte años, si iba a seguir el año siguiente. Eso forma parte de mi destino de objeto *a*.

Después de diez años, me quitaron la palabra, en suma. Se da el caso que, por razones en las que se mezclan el destino y las ganas de complacer a algunos, seguí aún diez años. De estos veinte años, he cerrado el ciclo. ¿Seguiré el año que viene? ¿Por qué no detener el *aún*? Lo admirable es que nadie haya dudado nunca de que seguiría. Pero señalarlo yo es hacer la pregunta. Después de todo, cabe que al *aún* le ponga un *basta*.

Dios mío, les dejo la cosa para que hagan sus apuestas. Muchos creen conocerme y piensan que así consigo una satisfac-

ción infinita. Comparado al trabajo que me da, confieso que me parece poca cosa. A apostar, pues.

¿Y cuál será el resultado? ¿Querrá decir que los que adivinen, es porque me quieren? Pues bien —y esto precisamente es el sentido de lo que hoy acabo de enunciar— saber lo que la pareja va a hacer no es una prueba del amor.

26 DE JUNIO DE 1973.